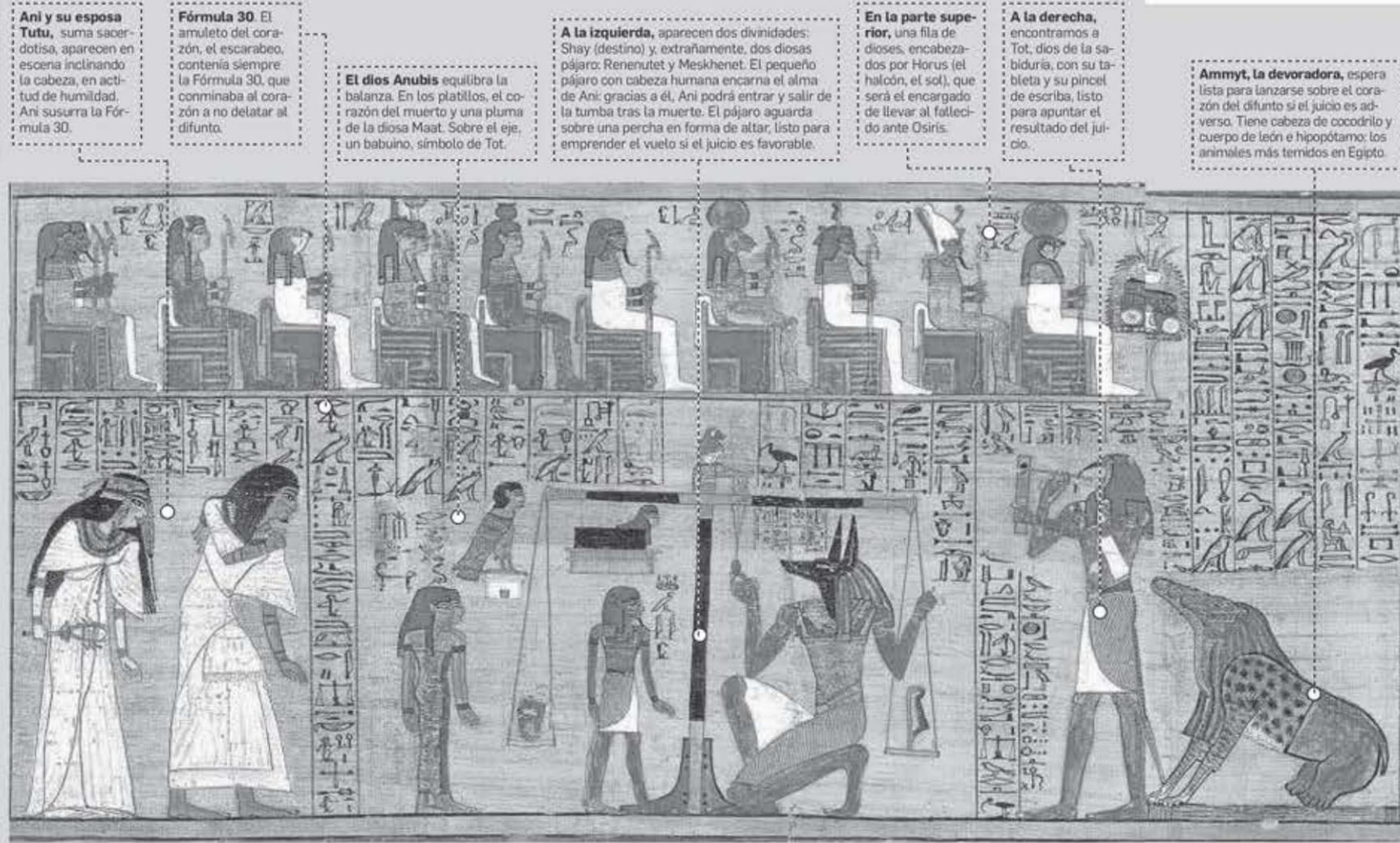


CULTURA Y OCIO

PUBLICACIONES | DOCUMENTOS HISTÓRICOS



Ani y su esposa Tuti, suma sacerdotisa, aparecen en escena inclinando la cabeza, en actitud de humildad. Ani susurra la Fórmula 30.

Fórmula 30. El amuleto del corazón, el escarabeo, contenía siempre la Fórmula 30, que conminaba al corazón a no delatar al difunto.

El dios Anubis equilibra la balanza. En los platillos, el corazón del muerto y una pluma de la diosa Maat. Sobre el eje, un babuino, símbolo de Tot.

A la izquierda, aparecen dos divinidades: Shai (destino) y, extrañamente, dos dioses pájaro: Renenutet y Meskhenet. El pequeño pájaro con cabeza humana encarna el alma de Ani: gracias a él, Ani podrá entrar y salir de la tumba tras la muerte. El pájaro aguarda sobre una percha en forma de atar, listo para emprender el vuelo si el juicio es favorable.

En la parte superior, una fila de dioses, encabezados por Horus (el halcón, el sol), que será el encargado de llevar al fallecido ante Osiris.

A la derecha, encontramos a Tot, dios de la sabiduría, con su tableta y su pincel de escriba, listo para apuntar el resultado del juicio.

Ammyt, la devoradora, espera lista para lanzarse sobre el corazón del difunto si el juicio es adverso. Tiene cabeza de cocodrilo y cuerpo de león e hipopótamo; los animales más temidos en Egipto.

● CM Editores recrea en facsímil 'El papiro de Ani' ● Su 'Juicio de Osiris' puede verse en la muestra 'Tutankamon', en la Casa de la Ciencia de Sevilla

Fórmula para pesar un corazón

Pilar Vera CÁDIZ

Morias, y tu corazón -y con él, todos tus pecados- debía pesar tanto como una pluma. Allí, en la balanza, tu pobre viscera debía oscilar ingrátida, libre de culpas. Todos estamos familiarizados

con la iconografía, aunque no sabemos muy bien qué es, quién lo inventó, de dónde procede. La imagen se corresponde con el juicio de Osiris: la prueba que debía atravesar el alma durante su viaje final a la tierra de los eternos. No era el único examen en el -se prometía- largo viaje de los egip-

cios en el más allá pero era, sin duda, el definitivo. Su riqueza simbólica, además, apela a una herencia que todo occidente ha portado como un código genético: la culpa. "El juicio de Osiris, el momento más conocido del Libro de los Muertos egipcio, es una de las pri-

meras plasmaciones que tenemos de que nuestra conducta puede condicionar lo que pasa en el futuro. Algo que, de alguna forma, copiarían y reproducirían las religiones del libro y la filosofía griega", explica Daniel Díez, responsable de CM Editores. El sello ha reproducido en edición facsímil

los 37 fragmentos de *El papiro de Ani*, la plasmación del Libro de los Muertos más relevante de la civilización egipcia: su reproducción del juicio de Osiris es la que puede contemplarse en la muestra Tutankamon, *Describiendo el Antiguo Egipto*, en la Casa de la Ciencia de Sevilla.

CM Editores está especializada en la reproducción de códices, grabados y cartografía antigua: una labor muy distinta a la de trabajar sobre papiro natural auténtico, con la dificultad añadida de intentar plasmar con exactitud "los pigmentos del original sobre un soporte orgánico". Un proceso que sólo muy recientemente ha hecho posible la tecnología:

"Cuando adquirimos los derechos, lo primero que hicimos fue ordenar fotografías nuevas de alta calidad, para que la definición fuera absoluta -cometa Díez-. Como son distintos fragmentos, el mismo tono del papiro iba variando según hubiera estado enrollado más hacia dentro o más hacia fuera. Fuimos haciendo dis-

tintas pruebas de material para que se pareciera lo más posible al original. El blanco, intensísimo, sólo se consiguió a partir de cal". Increíble, teniendo en cuenta que el papiro suma 3300 años a sus espaldas. En su elaboración original, participaron tres manos: una de ellas, las del propio protagonista, el escriba Ani, ávido de asegurarse un lugar entre los renacidos -la versión más trascendente que hemos visto del "si quieres algo bien hecho, hazlo tu mismo"-.

Desde 1888, el British Museum custodia, bajo estrictas medidas de conservación y seguridad, este legado único que Ernest Wallis Budge adquirió en Tebas y trasladó a Londres. Fue Wallis Budge quien cortó los 23,4 metros del pergamino en 37 secciones diferentes: una acción que, según afirma Zahi Hawass en la introducción del volumen elaborado por CM Editores, no se realizó por afán comercial. Para el arqueólogo, lo más probable es que Wallis Budge temiera por su integridad



El director de CM Editores, Daniel Díez, con algunas de las reproducciones.

"y quisiera publicarlo".

El papiro de Ani es de los más largos que existen, y el más rico iconográficamente. Tanto es así que, en su elaboración, el proceso se hizo a la inversa: primero se ilustró y después, se adaptó el texto a los huecos. "Ani pertenecía a la élite egipcia, era escriba del faraón: llevaba la contabilidad de los templos -indica Díez-. Su mujer, además, era suma sacerdotisa de Amón Ra: tenían muchísimo dinero para invertir en un ejemplar. El total del papiro tenía un extensión de 24 metros: un metro venía a suponer el equivalente al salario mínimo de un persona durante un año. La mayoría de la gente sólo podía permitirse un fragmento, a menudo, sin decorar. Lo mínimo con lo que uno aspiraba a partir al otro mundo era, precisamente, el juicio de Osiris".

El Libro de los Muertos surgió de conceptos recogidos a partir de pinturas e inscripciones procedentes de tumbas de la Tercera Dinastía (2670 - 2613 BCE a. C.),



Parte del proceso de recreación de los originales.

"Al principio, las inscripciones se grababan en las paredes de las pirámides; después, pasaron a los sarcófagos y, último, al papiro. Luego volvió a hacerse el camino a la inversa -comenta Daniel Díez-. No había un corpus codifica-

do, pero sí que hay ciertos elementos comunes que se repiten". Un gigantesco devocionario que se elaboraba en función de los gustos y posibilidades personales y que, en sus versiones más completas, recoge unas 190

fórmulas y letanias. Podríamos llamarlas también oraciones. O hechizos. Algunos de ellos: Para repeler a un cocodrilo que venga a por ti. Para apartar una serpiente. Para no morir de nuevo. Para convertirse en un halcón divino. En un loto. En un fénix.

El Libro de los Muertos era el mapa indispensable para circular con éxito por el más allá y llegar a la tierra de los eternos. Una guía visual para el Fortnité, para la noche eterna. Tras pasar por el laberinto de pruebas y puertas, el muerto recitaba ante el dios Osiris y 42 jueces, la Confesión Negativa, la oración 125: un juramento de 42 pecados que no había cometido. Muchos de ellos nos son conocidos, puesto que se destilarán en la fórmula de los Diez Mandamientos. Otros son muy suculentos: Juro que no he causado dolor. Que no he hablado más de lo necesario. Que no he succumbido a la ira. Que no he practicado brujería contra el rey -el objeto es, aquí, lo principal: magia y religión eran primas hermanas por entonces-.

Aaru, el Campo de Cañas, era el símil del paraíso. Un lugar, en fin, de parecido casi idéntico a Egipto, donde "crecía la cebada hasta los cinco codos de altura". El difunto, sin embargo, debía pro-

El trabajo de DM Editores se ha realizado sobre papiro natural

ocuparse por obtener su sustento: Ani y sus colegas de blancas manos no habían de temer. Podían contar, para ello, con la ayuda de un ejército de sirvientes: los *ushebtis*, pequeños gólems azules dispuestos a servir a su amo.

"Parece ser que incluso la élite vivía pocos años: 'Esto es todo, el viaje ha sido corto', debían decirse. Lo lógico era pensar: 'Queremos más de esta vida' -apunta Daniel Díez-. Por eso tenían la ceremonia de apertura y boca de ojos, con recitaciones para que el muerto pudiera respirar, comer y leer. Por eso guardaban los órganos en los vasos canopos, con los órganos".

"Por eso, las tumbas se llenaban de objetos cotidianos: perfumes, utensilios, ropa -prosigue-. Gracias a todo ello, podemos tener mucha información sobre una cultura que nos sigue fascinando: saber qué hacían, qué objetos utilizaban, cómo pensaban. A muchos niveles, Egipto se mantuvo durante miles de años como una potencia que impulsó su forma de pensar".

El deseo de todo aquel que ansiaba pasar el juicio de Osiris no era otro que repetir el privilegio de haber estado en esta tierra. Quizá esa sea su mayor herencia: la intuición que tenemos, latente, de que la maravilla máxima es esta vida.